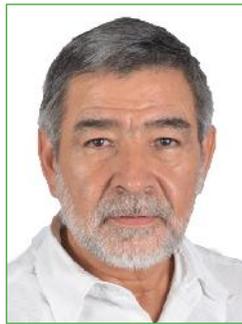


# Plegaria por Colombia, país de regiones, costumbres, música y sabores diversos



Daniel  
Gómez L.<sup>1</sup>

**S**an Andrés y Providencia, Old Providence, es un archipiélago del Caribe en donde nace Colombia. Sus habitantes, hijos de la mar, son nuestros hermanos porque también son hijos de Colombia. Negros y raizales acogen a sus paisanos del mundo interior, en procura de teñir o desteñir su piel, o ensañarle o aprender algo de aquel. Al ritmo del son y el reguég, y con un buen plato de rondón, en las Islas las noches se juntan con el día. Así le pasa al turista, cuando menos piensa se acabó su estadía.

En este paraíso el tiempo pasa rápido para el de afuera, pero lento para los de adentro. Ya que viniste una vez, debes volver, pues no puedes esperar que la vida se agote sin conocer a Morgan, el hoyo soplador y la casona, el alto de San Luis, el mar multicolor, el negro, el pescador. ¡Ah!, y a escuchar cantar a la Señora Iluminada, que desde hace sesenta años lo hace todos los domingos y en fiestas de guardar llueva, truene o haga “full calor”. Con su

voz, en tono alto al culto ha de llegar. Con su voz, siempre cristalina, además de cantar regaña por igual a las nietas y las gallinas. Su hijo, Bienvenido, guía turístico, sale de mañana a la playa a conversar a veces con el fulano, el zutano o el mengano; el primero, un extranjero de Europa o las Antillas; el segundo, de Bogotá; el tercero de los paisas, del Tolima o Boyacá.

Tierra, linda y grata que acoge por igual a los de por allá o por acá. Buena costumbre para imitar, no falta que alguno se quiera quedar. Sin embargo, desiste al recordar que Bienvenido, así como llega también se va. A medio día a su siesta y en la noche a descansar. Esa vida complicada, difícil por demás, semana tras semana se repite; ojalá, que como su tierra, la comida, el remanso de las olas, el calor de la amistad no la dejen agotar.

Las comitivas presidenciales que vienen de Bogotá, una vez al año se les ocurre arribar para reclamar con su presencia, soberanía y amistad; no vaya a ser que un vecino cercano, con esta maravilla se quiera quedar. Los juristas de los nuestros durante años dijeron que no era así, pero la Corte de la Haya otra cosa sentenció, vaya uno a saber cuánta plata por este caso se perdió y no todo sigue igual.

Déjate llevar por las olas y el sonar de un acordeón, las maracas y el llamador. En cualquiera de los parajes que siguen a continuación, te acogen las brisas cálidas que bajan de la sierra, el colorido y el menear de las polleras, el ceviche de camarón. Sus mujeres tostadas por el sol son una muestra del pasado, el presente y un futuro prometedor.

1. Docente investigador asociado. Universidad del Magdalena. Correo electrónico: danielalbertog1@gmail.com



Foto: Luisa Fernanda Ramírez. Archivo Editorial Unimagdalena

Región caribe, zona ardiente, de playas, lagunas, sabanas, montañas y mucho más. Diversidad maravillosa que invita a pasear por largas temporadas. Belleza, riquezas naturales bañadas por ríos extendidos que llegan ya cansados de su largo recorrido a dejar sus aguas al borde de la mar, distante de las lomas o próxima a la sierra en sus estribos.

Al interior de ese territorio es posible toparse con un kogui, un arzario, un negro, colombiano, africano o un raizal. También con un blanco descendiente de italianos, ingleses, libaneses o un cachaco y algo más. Esa mezcla humana fascinante, que sin ser una babel le rinde culto a la alegría, la comida a la pasión, al sosiego, al carnaval y al ron.

Cabo San Juan del Guía, Parque Tayrona, Santa Marta, Colombia.



Foto: Juan Bonilla. Archivo Editorial Unimagdalena



alejar del miedo a sus críos, que regrese la paz y la alegría, y vuelvan a escuchar en tono alto la algarabía de las flautas y el tambor. El bullerengue, la cumbia, el porro, el vallenato, los pitos del Wayuu, las ocarinas y los sonidos de las aves que surcando el firmamento no se cansan de trinar. Dejen correr el viento limpio de amenazas, para que por sus vías raudas pasen los cachacos que quieren conocer a donde la gente sólo se moría de muerte natural, como lo hace el río grande al llegar a su morada en la mar.

Que por sus caminos pedregosos, los campesinos ya sin miedo, encima de sus burros lleven al mercado sus viandas, el pescado, el ñame, la yuca y el guineo. Cantando como otrora, imitando los juglares, y que la alegría no se acabe y le canten al paisano en su lenguaje particular: Que parió fulanita y fueron varios los críos. Que parió fulanita y fueron varios los críos... Tal vez uno es de poncho, tal vez otro del tío. Vaya compadre a saber cómo se mira este trio, después que tú te viniste ella cogió

Pareja de bailarines de cumbia



Foto: Pedro Noguera. Archivo Editorial Unimagdalena



otro marido. Dicen que todo pasó a la orillita del río. No te preocupes compadre, que yo te resuelvo este lío. El moreno lleva tu nombre y la otra el nombre del Río.

Una vez llegues al Golfo de Urabá, déjate tentar para zarpar desde el puerto de Turbo hacia Acandí. En una travesía sorprendente en medio de la mar,

te aparece un arenal que te permite bajarte a tomar un baño sin peligro. Podrás divisar las viviendas de comunidades indígenas de los Salivas, cercanas al vecino país. En Acandí, maravilla que nos regala la naturaleza, ojalá lo puedas visitar al iniciar el año nuevo cuando las tortugas llegan a sus playas a desovar. Luego no olvides caminar hacia Sapsurro, poblado vecino al país de Panamá. Por

favor no te resistas, déjate hospedar que nunca te arrepentirás de visitar lugares que, más tarde al recordarlos, seguro un suspiro lanzarás por haberlo podido lograr.

Deslízate por las tierras del Urabá al Territorio biogeográfico del Pacífico Colombiano, donde treinta y siete municipios poblados por gente pacífica, encontrarás. Su vida primaria haz de imitar, pues el entorno bondadoso a extraños y propios les permite alimentar. Ellos, en medio de la jungla y abundante dotación ambiental, entre los ríos y los esteros se suelen desplazar; acompáñalos que admiración y gozo encontrarás.

Pacífico, tierra de contrastes, donde el bulle-  
rengue baja por los esteros, entre manantiales,  
cascadas y playas. Puedes visitarlos sin peligro,  
pues el colono te atiende y el nativo te guía para  
que visites: La Ensenada de Utría, Bahía Solano,  
Nuquí. Con este territorio Estanislao Zuleta  
se equivocó, pues por estos lados aún existe el  
paraíso; bello, agreste, marino, combinado con  
aguas dulces que en sus saltos infantiles forman  
cascadas increíbles que te hacen abrir la boca  
para manifestar la admiración.

Si entras por Quibdó, te espera un trasegar  
duro y parejo; viajas en avión, luego una lancha  
te espera y un trayecto duro has de surcar, pero  
luego podrás aliviar con un buen pescado de mar,  
las pianguas, las conchas y el ron, eso sí, acom-  
pañado de un buen son.

Si por si acaso te llueve, nada de desesperar,  
que el frío con la lluvia huye, así se lo ordena la  
mar. Así será la mayor parte del tiempo, al tercer  
día te acostumbrarás, pues vivir mojado es parte  
del presente y del pasado de esta región. Si el luga-  
reño te sugiere, relájate y escucha los alabaos que  
vamos a remontar el Atrato, y al pasar por frente  
a Bojayá, no sabemos si vamos mojados por la  
lluvia o por el constante llorar. No vamos a olvidar  
que familias enteras, con niños y abuelos, entre la  
jungla y sus rezos dejaron de cantar. Los violentos,  
los unos contra los otros, pero al fin los mismos  
hijos de pueblo, en un acto irracional con la muerte

los desalojaron de sus terruños. Lo lograron por  
un tiempo, sin embargo, el valor, la tenacidad y el  
apego a sus costumbres y a su morada, les indicó  
de nuevo el camino para que la vida de los alabaos,  
la marimba, el cocuno y el tambor no dejaran de  
sonar. Si no has ido, por favor ve para que lo com-  
pruebes con tus propios ojos, en vivo y en directo,  
a lo mejor un alabado te provocará también cantar.

Si por alguna circunstancia Gorgona quieres  
visitar, al menos tres caminos puedes tomar. Si  
entras por Guapi, pregunta por las hijas de Pastora,  
a alguna de ellas toparas; si no es así, los sobrinos  
Mosquera, Eustaquio, o en el mismo aeropuerto  
algún moreno siempre dispuesto te indicará.  
Consigues una la lancha que, desde el mismo pue-  
blo, con permiso y todo en orden, ha de zarpar;  
unas viandas y un guía debes contactar para que  
más tranquilo puedas viajar. Entre las maravillas  
del trayecto, poco a poco el río se convierte en  
mar. Las tablas del poblado disminuirán a la vista,  
pero pronto aparecerá un potrillo con un labriego  
o un pescador que viene a realizar el producto de  
su trabajo, mientras pasas raudo en tu lancha. Dos  
velocidades que contrastan de manera singular: el  
del potrillo viene sin afán, al fin y al cabo esa ave-  
nida, dos o tres veces por semana, ha de trasegar  
y por lo tanto lo importante es llegar. En cambio,  
la lancha veloz en sentido contrario, pasa como  
si el día de pronto se pudiera acabar; es posible  
en el trayecto, para aliviar el afán, un delfín o una  
ballena puedas avistar.

Pero como sucede en el único país del Mundo,  
que además de ser Caribe, Pacífico, isleño, orino-  
quense, amazónico y andino, la diversidad en sus  
distintos ambientes, paisajes, gentes y culturas son  
de una riqueza incomparable. De la montaña al  
valle, del valle al Río, de este a la mar, su gente en  
medio del dolor de la violencia nunca ha dejado  
de cantar. Al pasar a los Andes colombianos, otra  
increíble aventura desde Cumbal, al lado de Pasto  
carajo, hasta San Turban en Santander; luego, en  
zigzag, por Bogotá, el Valle, Huila y laderas del  
Caquetá; puerta de entrada a la Amazonía colom-  
biano, enorme pulmón del mundo, que produce  
oxígeno para todos por igual. Allí, desde selvas

enmarañadas, aguas superficiales y profundas son el hábitat de millares de especies útiles a la humanidad y nos permite ser uno de los países más biodiversos del mundo.

En el Caquetá, junto a los nuevos departamentos del Putumayo, Amazonas, Vaupés, y la Orinoquia colombiana, su gente luchadora se negó a que desde Bogotá se les tratara como territorios nacionales, como la tierra de nadie. En medio de la nada se instaló en el pasado la penitenciaría de Araracuara, desconociendo que en ese nada estaba la vida entera, variada y abundante. Como nos dijera Aniceto, en una travesía por el Río Caquetá, en los raudales del estrecho del diablo: —Guarden silencio al pasar por aquí, si contradecimos los espíritus del lugar podemos quedarnos como lo hicieron varios de los presos que intentaron fugarse de la cárcel del canto de las guacamayas, hoy convertida en Santuario de flora y fauna. La consideración “en medio de la nada” fue una provocación para que en medio de la tupida foresta los narcotraficantes hicieran las calvas en la selva; al tumbar al interior de ella, una parte, al quedar en medio de la enorme arbolada, se convertía en una zona cubierta por la frondosidad de las plantas que permanecían a su alrededor y así plantaban las matas de coca. Calva, tras calva, fueron deforestando y promoviendo la ocupación de la selva con oleadas de colonos.

En Caquetá como en el Amazonas, te encuentras con los rudos trabajadores huilenses, boyacenses, tolimeses, santandereanos y, después de estos, llegaron los paisas antioqueños, hacia 1970. Ahora, se encuentran dos o tres generaciones de los nacidos en esos territorios. Por eso vale la pena que te pegues una rodadita al festival de las colonias donde convergen, además de los ya nombrados pastusos, caucanos, costeños, chocoanos, distintos colores de piel, ritmos musicales y variedad de comida. Quien quita que quieras quedarte. Son muchos los atractivos paisajísticos, abundante foresta y humanos por doquier. Recordar es volver a vivir.

Si llegas a Leticia y en la plaza central te ofrecen un gusano para comer, junto con una uva caimaron tres veces más grande que la que ya conoces,

o jugos y bebidas de arazá o copoazu, siéntate orgulloso, pues es demostración de bienvenida y te quieren dar a probar para que en un futuro cercano quieras regresar. Gente querida y misteriosa, pero tranquila. Son muchos los que ya hemos incurrido en la repetición y mantenemos las ganas de volver.

Entre el Caquetá y los llanos del Yarí empiezas a encontrar la transición amazónica orinoquene para pasar al Meta, ahora puerta de entrada a la Orinoquia colombiana. Se abre el llano a la vista y a los pies del visitante y de nuevo la exclamación ¡qué maravilla! Luego viene la pregunta obligada: —¿a dónde se terminará el llano?, y el anfitrión orgulloso responde —hasta donde le alcance la mirada camarita, y no olvide que el que está adentro se apea y se dispone a degustar una buena mamona, como la prepara el compadre Ariel. Después de la matanza, sin agua y sólo sal, la costilla sin espalmar va directo a la candela. Eso sí, acompañada de un corrido o un joropo “zapatiaó”, como lo hace el llanero bravo. No se afane que esto dura hasta el otro día, para salir a visitar Caño Cristales, pero no sin antes averiguar si hay entrada porque es una zona frágil, como todo lo que es hermoso es así. Si está cerrado por estos días cogemos para las llanuras del Arauca donde ya bordeando el río avistamos el chigüiro, alimento preciado en todo el llano, tierra de praderas y morichales bañadas por el Meta, el Arauca y el complejo fluvial del Orinoco, en cuyas riveras vive la coroncora y el cachicamo. Su gente buena y trabajadora, hasta el día de hoy no conoce la pereza. Cuando no está trabajando se le aplica a la música, que como es sabido, en esta tierrita, en la cabecera de la cama duerme el arpa, junto con el cuatro y los capachos. Por eso, uno de los viejos de la zona, el viejo Mantilla, dice: Acá todos tocamos el arpa, hasta la señora que ayuda en los oficios caseros la toca, así sea para limpiarla en las mañanas.

En este recorrido aparece el Guaviare, zona de grata recordación; que sea una ocasión para rendir homenaje a los colonos de la nueva Colombia. Este territorio, en el que todos los espacios son abiertos, lo mismo que el corazón de sus habitantes. Los que llegaron ayer se comportan como anfitriones de los

que llegan hoy y los que llegarán mañana. Ellos y nosotros deseamos la paz, para gozar de lo que nos ofrecen los dioses: entorno saludable, foresta abundante que admira el que llega y añora el que se va; lluvia de medio día y de noche que hace pensar que en este territorio se contrata siempre un regador.

Maravilla de lluvia y resplandor porque nadie, la mayor parte del tiempo, se queja de frío o de calor. Si llueve, se cubren a tal punto que el forastero encuentra en el abrigo un exótico vestido, porque el calor del ambiente y de su gente es evidente para él; por el contrario, el lugareño pretende pasar inadvertido y ve a su coterráneo igual con el abrigo o sin él.

Qué bonito que la lluvia del Guaviare, cuando cubre el rostro, el cuerpo y lo demás de los de ayer y los de hoy, nos bañe todo menos el orgullo de nacer en el lugar donde los dioses quieren permanecer.

Tan pronto la lluvia pasa, el sol impone su esplendor; afuera los abrigos y la piel curtida de los paisanos, nos muestra el trajinar del día a día. Las mujeres, por su parte, muestran sus atributos de los años jóvenes o largos; no importa si están acompañados de las huellas de haber tenido hijos, o del rigor del tiempo. Ellas, con deliciosa coquetería, sorprenden a lugareños y extranjeros. Encaramadas en sus botas, tenis o alpargatas, chapucean igual las calles que los sembrados con sus hijos a cuestras, orgullosas de haber parido en este terruño una nueva semilla para la vida, pues los nacidos ahora velarán luego por los nacidos ayer. Que llegue la paz para que la vida continúe. Clamor que acompañamos donde estemos.

Los hombres, algunos al sembrado, otros al corral; muchos nuevos y viejos, por temporadas iban ayer a los plantíos de coca a raspar. Ahora que el gobierno los apoye, pues para esto está: los patrones ya se fueron, a lo mejor no volverán; la guerrilla de las FARC ya se acaba para poder vivir en paz.

Las historias de vida de los de ayer empezaron en un lugar distante, pero por fuerza de las circunstancias se convirtieron en los naturales de estas tierras: con su sudor ayudaron a llenar los afluentes, con

sus nombres bautizaron caños, trochas y fincas, así la institucionalidad surgía de los hechos, primero individuales y luego sociales. Estos nombres con el tiempo fueron avalados y otros cambiados, pues el gobierno llegó y también nombró como signo de poder. En algunas partes, a pesar del rigor, se quedó, la mayor parte del tiempo sólo con la presencia militar y otras veces, en la prestación de los servicios de rigor.

A los corregimientos les siguió la comisaría, luego el municipio y ahora departamento. Al primero le correspondió el comisario y a los demás el gobernante. Ah, costumbre interminable de ir tras las huellas de los caminantes. Los primeros se fundaron, los segundos inauguraron, así surgió Puerto Arturo, Cachicamo; el Descanso, la Lindosa, lugares que luego entraron a ser parte de una nueva jurisdicción; Los primeros tumbaron monte, sembraron el maíz, luego pasto, establecieron las vacas y por su puesto una casa con un nombre: como diría Ricardo, Villa Mabel, Nuevo Tolima, la Esperanza, el Adiós, donde fulano y demás. Es que ellos sentían la necesidad de bautizar el territorio como propio o con el recuerdo del lugar de procedencia, pero ahora hacen parte de la adaptación con nombres propios de los de acá. Si averigua despacio, y con quien toca, un largo trayecto de caños cristales encontrará en la Lindsosa; pero ojo, es tan bella y frágil como la primera.

Las historias de los nuevos son parecidas y al mismo tiempo diferentes a la de los de ayer. Cambio de nombres y apariencias, pero en el fondo lo mismo es. Los primeros se encontraban en el cruce de caminos, la bodega, la cancha de tejo, la iglesia o el poblado; los de hoy en el parque central, en las cafeterías, el billar y luego en el cine o en el centro comercial.

Los fundos de otrora, ahora son las fincas ganaderas, las casas de recreo, algunas con piscina, es decir, nada que ver. Mientras tanto las botas pantaneras, a fuerza de las circunstancias, permanecen; no negras como ayer, sino de colores y con diseños de artistas de moda que admiramos, así los llevemos en los pies.



Foto: Luisa Fernanda Ramírez. Archivo Editorial Unimagdalena

Ahora nos vamos para los Andes en donde dicha cordillera, al entrar al territorio colombiano desde el sur del continente, se divide en tres; otro de los accidentes maravillosos que nos regala la naturaleza. Con estas ramificaciones se forman los valles interandinos, en algunas partes frías como en las alturas que comparten Cauca y Huila, próximas al nacimiento de aquel río que se juntó con el caribe para morir cantando. En esa tierra alta del Magdalena, caucanos y huilense aún conservan costumbres medio pastusas: te invitan a un cuy asado, acompañado de unos hervidos, tan bueno lo uno como lo otro. Cuidado con renegar, porque si lo haces te tienes que devolver a donde los pastusos a ofrecer disculpas.

Luego, al ir bajando, se van calentando sus aguas y sus gentes en la cuenca media. Al pasar por el Tolima, Cundinamarca, Caldas, Boyacá, Santander y Antioquia, y en sus riveras próximas y algunas más lejanas, los opitas, con su hablar cantadito, lo despiden en las proximidades de Natagaíma en el Tolima, la tierra donde los apellidos más recurrentes son los Tique, los Tole, los Yaguará. Pijaos todos, y por lo tanto con su cara morena y redonda, te esperan cuando vuelvas para comer bocachico con popocho y yuca, servidos en hoja de bijao y con toda seguridad que algún Tique te invita a un Tapa Roja, cuando no a un chirrinche. Eso si no vaya a contar que ‘puaquí hay desoooo’. —Ah, Tolimita, tierra del tamal y la lechona, que gente esa pajartar de lo bueno, dijo Emeterio, cantando con el compadre Felipe el Raja Leñas.

Esos valles calientes, del Magdalena Medio, que al avanzar cada metro hacia el norte pareciera que el clima se enardece. Sometida por largos años y trechos a la barbarie de los unos y los otros, y luego todos juntos que llenaron de terror, dolor y tristeza una tierra próspera y fértil. La cubrieron de sangre que empieza a ser borrada por las brisas frescas del río; recupera las tonadas de paz y del cantar de sus aguas, al rodar tranquilas en su recorrido.

Cómo olvidar que cuando se llegaba la noche, y en medio del calor canicular de Doradal, Puerto Triunfo, o por la vertiente de la Dorada, Puerto Boyacá, Puerto Araujo, La Lizama San Alberto, el temor del transeúnte se adivinaba en sus rostros. Como han cambiado los tiempos, ahora transitando por las vías calentanas, pasamos tranquilos por Agua Chica y más allá. ¿Cómo será este país sin violencia guerrillera y sin las autodefensas del Caribe, de Córdoba y el Cesar?

Al pasar a los valles calientes, entre las cordilleras central y occidental, se encuentra el Cauca y el Valle, tierra de haciendas cañeras en donde, con el sudor del obrero y la fuerza de trabajo y el tesón, se produce el dulce de la caña. Territorio de la salsa y el canto, en donde “las caleñas son como las flores que vestidas van de mil colores”, y de ahí en adelante todas las colombianas van vestidas de

manera similar porque en todas nuestras mujeres se encuentra una flor.

En la falda de la montaña se divisa el cafetal, muchas de estas plantas, de la distancia parecen colgadas de la ladera, como masetas puestas sobre una pared. Viejo Caldas, eje cafetero, por sus siete verdes yo te quiero, Cuando Dios hizo el Edén pensó en Armenia, diría Nino Bravo, si la hubiera conocido. Al norte, y sobre la misma tierra montañera, aparece Antioquia, en donde las flores de las mujeres son compartidas con el silletero; él, en una mezcla de delicadeza y rudeza, monta sobre su cabeza, atadas a una cincha, una silleta llena de colorido, en una muestra para el mundo de la ternura y el bravío del antioqueño colombiano.

Esa es Colombia, irrepetible y diversa; se canta Regué, Vallenato, Cumbia, Bullerengue, Guabinas, Torbellino, Alabados, Bambucos y Joropos, acompañados todos del trinar de las aves de cada región, que de tanto escucharlas los cantantes acoplan estas tonadas a su propio cantar.

Tierra acogedora y pujante de los nietos de hoy, y de los que están por nacer más adelante. Ven a conocerla, en cada una de sus partes encuentras gente bondadosa y de talante, de corazón abierto; anfitriones incomparables que acogen con alegría, y por igual, al colombiano o aquel que de cualquier parte del mundo quiera venir a maravillarse con sus relatos. No importa de dónde vengas, pues al llegar serás un colombiano más. 🇨🇴

